

843

TEATRO

BIENAL DE PARIS



Graciela Martínez



Jorge Lavelli

Cuatro Argentinos

UN festival de la vanguardia del teatro universal se propone este año la Bienal de Paris. Su organizador, Maurice Guillaud, divide las jornadas, que se extenderán desde el 30 de octubre hasta el 3 de noviembre, entre dos tendencias: la del "living-theatre" y la que, según distintas manifestaciones de la prensa francesa, "encabeza Jorge Lavelli". Lavelli ya no es, pues, el director de escena a la manera tradicional, que pudo dirigir a María Casares —como también lo hizo entre nosotros con Divinas palabras, de Valle Inclán—, y que en esta temporada dirige la compañía de Barrault. Lavelli denomina una tendencia del teatro experimental de nuestros días, como culminación de este período de su conquista del medio escénico francés, encarada cuando en 1961 fue becario de la Escuela Charles Dullin. El joven actor de la organización porteña independiente OLAT, un estudioso sistemático, metódico, encarnizado, se mostró tras el tiempo de necesaria preparación y adaptación, igualmente metódico, sistemático, encarnizado, como realizador escénico. Y si de pronto coincidió con un ex huésped argentino, el polaco Gombrowicz, y lo extrajo al interés público de Francia, inevitablemente refractado en los medios intelectuales de todo el mundo, ahora se despliega en diversas facetas como hombre de teatro que no se queda, que no se complace en el éxito de cada vez. En el festival pone la continuación de Godot: El llegó, de Miodrag Bulatovic.

Pero Jorge Lavelli genera una secuela de otros experimentadores. El joven Bohr, también argentino, montará en el mismo festival un espectáculo sobre la muerte de Kennedy, escrito por Jean Clarence Lambert, con el título de Bris/Collage/K. Otro de los discípulos de J.L. es francés: Jacques Robnard, quien pondrá Oh!, del sueco Sandro-Key Aberg, una pieza que se organiza, se escribe, ante los espectadores.

Mientras tanto otros dos argentinos colaboran en una obra numerosamente colectiva. El título alude a la mítica patrona de París: Santa Genoveva en el tobogán. En el espectáculo, además del grupo inglés The Soft Machine, de Yan Kott, participa la compañía de Martine Barrat y Graciela Martínez. G.M. es, por supuesto, la bailarina moderna argentina que el año pasado ofreció en el Di Tella algo de lo mejor y más significativo que se vio en el Instituto, entregada progresivamente a un tipo de creación más vinculado al teatro experimental que a la danza propiamente dicha. Desde sus no muy lejanos comienzos en Córdoba, Graciela Martínez ha evolucionado enormemente, hasta ubicarse en lo más fecundo del "pop" a través del medio expresivo que mejor permite desplegar las posibilidades y riquezas de esa corriente.

En el tobogán de Santa Genoveva, otro pasajero es argentino: Copi, el humorista, el dibujante, fuertemente fascinado por el teatro. Desde la plástica y el humor, Copi puede llegar a coincidir con la danzarina Graciela Martínez, en los faustos escénicos del "pop" vertidos sobre las publicitadas búsquedas vanguardistas de la Bienal parisiense. Es una de sus experiencias teatrales. Hay otras en preparación, seguramente no demasiado alejadas de ésta, en las que también es autor. Para Santa Genoveva, Copi se convierte en intérprete, pero siempre que se recuerde que el "pop" no establece ninguna frontera nítida entre actores y espectadores.

El porqué de este aporte argentino, inusitadamente cuantioso, a la muestra teatral vanguardista más visible del mundo, es algo que se habrá de develar seguramente un poco más adelante. Aunque esta incógnita encierre aun otra, casi contradictoria con aquélla: ¿por qué tantos argentinos pueden alcanzar celebridad y realización fuera de nuestro país?